

DEL SILENCIO, EL GESTO Y LA PALABRA

María Lucrecia Rovaletti *

RESUMEN

El presente texto no pretende ofrecer un discurso teórico demostrativo. Contiene simplemente la enunciación de las convicciones de la autora, basadas en su experiencia interior y en el pensamiento de algunos filósofos. Se afirma que la relación con los otros no es extrínseca a la persona humana sino constitutiva de su individualidad, que la reflexión personal entraña un diálogo y que la comunicación es un proceso de presencialización de un sujeto humano ante las otras personas por medio de la totalidad indisoluble que constituyen la palabra, el gesto y el silencio.

(Laisse moi croire dans le silence de mon village)

Saint-Exupery, La Citadelle

¿Cómo comprender esta cita si, por otro lado afirmamos que la palabra es el evento que divide al hombre del resto de los vivientes? ¿Cómo aceptarla si el lenguaje es la condición necesaria para la entrada a la patria humana, en la medida en que ésta deja de ser un universo de sensaciones y reacciones para convertirse en un mundo de designaciones e ideas? ¿Cómo decir que la palabra expresa el ser relacional del hombre, que el lenguaje como apertura al otro es al mismo tiempo configuración de mi ser personal?

(*) CONICET, Argentina.

1. LOS OTROS COMO CONSTITUTIVOS DE LA PROPIA MISMIIDAD

La existencia del otro no aparece como tardío resultado de mi experiencia y de un razonamiento. Porque el hombre es ya un ser ex-céntrico, el otro me constituye, no descentrándome sino concentrándome en una dialéctica donde el sí mismo se va realizando desde una alteridad constitutiva.

“Une communauté n’est possible, qu’a partir du moment où des êtres se rencontrent comme différents, comme existents ensemble dans leur différence même”(1).

La realidad personal no es una mismidad monádica, opuesta a los otros. Es la pluralidad vivida a nivel de comunicación trófica, afectiva, verbal y conductual que permite el advenimiento de una conciencia de sí como centro de relaciones. Yo me dirijo al otro como una llamada cuya respuesta intransferible sólo puede llegarme desde él y no de una representación o un sustituto. Porque es él, en su misma presencia quien puede revelármese u ocultármese. El es expresión de sí, en y por el acto mismo de ser y estar presente. Pero es una expresión que se despliega en gestos, palabras y silencios, deviniendo ellos el con-texto real de la hetero-relación.

2. LA PRESENCIA HUMANA COMO EXPRESION E INTERRELACION

No es que yo tenga gestos, palabras, silencios, sino que yo mismo me hago disponible a otros gestual, verbal o silenciosamente.

No somos un texto aislado que deba descifrarse a partir de analogías ajenas. No necesitamos trascender a un más allá peregrinando de la exterioridad a la interioridad. Mi cuerpo no me es exterior ni extraño; no es el envolvente que oscurece mi realidad propia ni mi fenómeno ni el instrumento que mediatiza mi espíritu.

Pero, ¿hasta qué punto podemos hablar de una auténtica y también verdadera manifestación de lo que somos?

Por un lado surgen los límites de mi propio reconocimiento, desde las ilusiones y subterfugios hasta las represiones: “lo que está en mí sin mí” (Madrioni); por otro, las palabras no pueden expresar todo lo que quiero decir, ni todo lo que quiero decir llega a expresarse en lo que yo soy.

3. PALABRA Y SILENCIO

La palabra dice y calla a la vez; ella dice mucho y no bastante. Las frustraciones de la expresión y la comunicación más que muros contra los que chocamos muestran la facticidad de nuestra contingencia.

(1) Marcel, G.: *Du refus á l’invocation*. París, 1940, p. 14.

La palabra recibe su significación no sólo de la forma articulada o gestáltica que nos ofrece en su superficie. Al tratar de evocar una palabra, otra, desde el fondo se nos desliza inoportuna en nuestra mente. Cada palabra está rodeada así de ilusiones a otras muchas, cada una es una “matriz de significaciones” (Merleau Ponty).

La palabra, que al nacer siempre recorta un poco lo que se ha querido decir, tiene, para acabar de decirlo todo, que morir en el silencio. El silencio impide a la simple palabra evaporarse. Sólo en los extraños callejones donde la razón encuentra sus límites, el hombre puede aspirar a volver visible ese espacio que rodea las palabras, es decir el silencio. Cuando no hay palabras para expresar algo, éstas se convierten en lo inefable, pero no en lo mudo e intraducible, porque el silencio mismo se vuelve palabra viva “parole parlant” (M. Ponty). Y lo mismo, dígase de los gestos: cuando éstos declinan, aparece la quietud como disponibilidad y entrega.

4. GESTO, SILENCIO Y PALABRA

Entre el silencio y la palabra, como uniendo a los dos, está el mundo de los gestos, de los ademanes imperceptibles. Ellos acompañan a las palabras, las acarician, ellos modulan los silencios, los acercan y los alejan. Hablamos con las manos y el cuerpo, así como gesticulamos con la voz.

La palabra, para ser escuchada, necesita dejar a su alrededor gestos y silencios. Ellos aseguran la continuidad del sentido a través de la discontinuidad sonora de la palabra. Sílabas, palabras, preposiciones, frases, no se individualizarían si no fueran destacadas por los espacios silenciosos y las actitudes gestuales que, cual puntos de respiración dan a la palabra su vitalidad.

El discurso resultaría ininteligible sin ninguna pausa, sin inflexiones de voz, sin gestos, todos esos elementos que en la escritura se traducen en signos de puntuación. Por eso, silencio, gesto y palabra son inseparables en su poder de significación y en su potencia emotiva.

5. INTERIORIDAD Y DIALOGO

Sólo una ficción solipsista puede desconocer la estructura **situada** de la estructura humana, porque no existe una expresión **pura**, desgajada de mi propia individualidad y de mi propia circunstancialidad grupal, social e histórica. Pero aún más, no hay reflexión propia que no sea como un discurrir balbuceante y secreto, dentro de uno mismo ante un tú, un él, un auditorio imaginario.

Mais en réalité ce silence prétendu est
bruisant des paroles, cette vie intérieure
est une langage intérieur(2).

(2) Merleau Ponty, M.: *Phénoménologie de la Perception*, París, 1976, p. 213.

« Cuando yo hablo lo hago tanto por mí como por el otro, me dirijo al otro para hacerme comprender, y para que esto sea posible es preciso que mi lenguaje sea el suyo, que mis palabras estén soportadas por una comunidad que al hablar y escuchar co-participe de los mismos medios expresivos.

« Decíamos “Del silencio, el gesto y la palabra”. Queríamos hablar de ellos y no sobre ellos, queríamos que ellos mismos hablaran.